

SAROYAN

2 stories

SAROYAN

Ruido y vibración. El férreo tráfico chirría sobre el asfalto humeante. Y ahora, escuchen. Personajes: un mendigo, un músico ciego, un soldado y una prostituta.

Atención.

El mendigo no es inválido. Anda, silencioso y rápido, al lado de cualquiera que verosimilmente lleve unas monedas en el bolsillo para caridades. Se llama Alfred Garth, de 27 años. Inteligente. Hambriento. Y, además, desempeña el papel de hambriento y miserable. Dos veces. Una para aquel a quien pide. Otra para sí mismo. Y su orgullo se salva. Es un actor; no un pordiosero. Hay modos y modos de sentirse humillado.

Juzgue usted mismo.

Es cosa bella, barata y eficaz.

Jacob Fagode, el violinista. Va indistintamente por cualquier calle, porque no ve bien. En realidad, no ve nada. Pero sus demás sentidos le hacen conocer el mundo que le rodea. No anda por la tierra en tinieblas, sino entre nimbos de interminable luz. Y si quiere usted más informes, pídalos por escrito. ¿Comprende? No a menudo, pero sí a veces, alguien deja caer una monedita en el platillo de lata de Fagode, y Fagode ríe para sí. Ríe porque su canto es el canto de la muerte y la desolación de la tierra. El son de la moneda en el platillo divierte a Fagode, que no es sordo. Y quiere indicar con su risa que con el dinero nos proponemos vivir siempre. Pero no será así.

¿Por qué no predecir, a propósito del dinero, la fecha de nuestra próxima ola de prosperidad? Porque ¡ay, América!—tendremos una. En 1936, quizá. O dentro de un siglo.

Los hombres de negocio no sólo ahorran tiempo, sino dinero. Aunque puede ser que sí y puede ser que no... Cuando uno ahorra tiempo quizá lo haga para después de morir. Pero después de morir uno no se siente tan animado acerca del Universo como cuando vivía. Sin embargo, viajar en avión no es mala idea. Hay partidas, llegadas, paradas, empalmes y tarifas. Un hombre de negocios llamado Doherty

ahorró 225 horas de viaje yendo de Nueva York a San Francisco en aeroplano. 2 días después murió y ahorró así no sé cuántos números de siglos. Partida y llegada... Había arribado al mundo entre ruido y vibración, y su madre chilló enormemente, alborotando toda la casa. El chiquillo salió fuera, empezó a respirar en el mundo, y antes de que se diera cuenta de nada, ya estaba acudiendo a la escuela de párvulos con su hermano Jacob. Se convirtió en un gran hombre de negocios sólo con descubrir que la honradez es la mejor política siempre que deje ganancias. Su final en San Francisco no fue triste. Contaba cerca de 50 años y estaba asegurado por una suma fuerte. Todo marchó bien. Desapareció como un coro que sabe abandonar en su momento el escenario. Vivía y andaba por Market Street cuando su corazón dijo: "No va más", y se acabó todo.

la revolución le daré tales cortes que se morirá usted de risa.

—Es lo que me está pasando ahora —respondí.

Di a Nick un dólar de propina y él afirmó que yo era un asqueroso capitalista.

Eso es lo que se llama una afirmación de fe. Fe en el hombre. Fe en Dios, en Stalin, en el cielo, en la tierra, en Rusia, en Alemania, en Italia, en América, en el tiempo, en el espacio, en el movimiento, en la evolución, en el cambio, en la música, en el arte y en la locura. Eso se llama piedad sencilla y sincera. Creencia en la eficacia de la oración.

Obremos bien y olvidemos lo demás. Fijense en las telefonistas. Chicas eficaces, útiles. Las fibras de la vida americana pasan por sus manos. En los hilos telefónicos palpitán las emociones, pensamientos y deseos de la gente americana.

SAROYAN

panorama

SAROYAN

Y entonces vinieron informes completos respecto al pago de varias deudas pendientes, a cuentas del médico, el dentista, y el sanatorio, a impuestos, hipotecas, intereses, facturas de combustible, de reparaciones, de la tienda, a gastos de entierro. Y el hombre había gastado 2 dólares al mes en literatura. Su vida era un cotidiano Niágara de idiotez. Fue un sujeto acumulativo. En la vida, cuantos conocemos siguen uno de dos caminos: el de la ganancia y el de la pérdida. Ninguna de cuyas dos cosas difieren mucho. El ganador toma aspirina. El perdedor se larga en un tren o un avión. Todo es igual en el mundo.

Después de visitar muchos países extranjeros, escogí América como la tierra en que quería morir. Y fui a casa de Nick el Griego para que me cortase el cabello.

—Camarada —me dijo—, cuando venga la revolución usted estará aquí de pie y yo sentado.

—¿Cómo lo sabe? —inquirí.

—Por la radio —repuso—. Usted empuñará las tijeras y me cortará a mí el cabello.

—¿Quién se lo ha dicho? —pregunté.

—El periódico —respondió—. Yo me alimentaré de nata y usted de leche agriada.

—Nick —dije—, habla usted con menos juicio que el culo de un caballo. Cuando llegue la revolución usted no lo sabrá. Las revoluciones vienen y se van sin que nadie lo sepa.

—Camarada —dijo Nick—, no le puedo cortar el cuello hoy porque usted es rico y yo soy pobre, pero cuando venga

—¡Mi casa arde! —clama una mujerona de Denver.

Y los bomberos llegan a los 5 minutos.

—Me parece que tengo apendicitis —gruñe un hombre gordo desde un hotel de Memphis—. Que venga el médico antes de que yo muera.

Y los dedos de la operadora conectan, manejando un laberinto de hilos. Y lo hace fría y serenamente, hora tras hora.

Empuñen el auricular. La muchacha les responderá enseguida. Y con satisfacción. Le alegra poder serles útil.

¿Le alegra de verdad?

Un soldado acaba de volver de las islas. Camina, solo, por las calles de San Francisco buscando unas faldas, mas con una suerte puerca. Lo que realmente quiere es más de lo que puede explicar, pero quizá no sea más que una mujer que a su vez le desee a él, y ésta no aparece por ninguna parte.

Las damas guapas van con tipos bien vestidos y de bolsillos llenos. Andan deslumbrantemente ataviadas, se encaraman en altos tacones y sus rostros esplenden de rolliza belleza. Ir de uniforme es una asquerosidad. (¡Ah! Hay un déficit de 19 523 000 dólares en la industria del acero en el año en curso.) ¡Qué se le va a hacer, muchacho! Así que el soldado entra en la taberna del Trébol y pide whisky. Dave, el tabernero, es pacifista y proletarista.

—Amigo —dice al soldado—, cuando venga la revolución no habrá soldados. Ya puedes tirar tu fusil.

—¿Qué revolución? —dice el soldado.

—La revolución de los pobres contra los ricos —dice Dave.

—Mire —dice el soldado—, no sé nada de ninguna revolución, pero le agradecería que me diera la dirección de una buena prostituta, porque he vuelto hoy de las islas después de 5 años y no conozco la ciudad.

Las palabras justas, perfectas y apropiadas. Al final es el nervio el que se impone.

La putilla del número 37 de la calle del Turco está ebria y llena de tristes añoranzas. Desde 2 minutos antes de la entrada del soldado permanece en una mesa de taberna del Trébol. Es una muchacha polaca de 20 años, llamada María. Tiene los ojos enfurruñados y negros y los labios contraídos por el dolor de vivir. Sus partes femeninas son amplias y rebosantes de vida, pero su corazón se siente cansado y su boca habla al inocente espectro que ella fue en otros tiempos, cuando de niña cogía flores en las llanuras de Indiana. Recuerda a sus padres, y a sus tres hermanas, y a sus dos hermanos, y a todos sus primos, y tíos y tías, y las meriendas junto al río, y las risas.

—Amigo —dice Dave—, cuando venga la revolución no habrá soldados y tendrás que tirar ese instrumento (refiriéndose al fusil).

—No lo hagas, muchacho —dice María—. ¿De qué vale un hombre sin instrumento?

—Soy forastero en esta ciudad —dice el soldado.

—¿En esta sólo? —dice María—. Yo lo soy en todas.

Y él se vuelve y la ve.

—¡Por Dios que esta es la que me conviene! —dice él.

Y va a la mesa de María y da un cigarro a la muchacha y pide 2 whiskeys.

(Carta abierta a J.P. Morgan: Bajo el comunismo será usted asado como un capón y servido en su salsa a la chusma de América, con los adecuados adobos y oratorias. ¡Entonces verá usted lo que es bueno!)

—Acabo de llegar de las islas —dice el soldado—. Me llamo Richard Hart.

Y enciende el cigarro de la muchacha.

—Yo me llamo María —dice ella—. ¿Ha estado usted alguna vez en Indiana?

(Washington no es la única parte del mundo donde se hacen esfuerzos heroicos para equilibrar el presupuesto o el Universo.)

—No —dice el soldado—. Soy de Georgia.

Y ella le lleva a su cuartico de la calle del Turco.

Es un tributo que merecen el capital y el trabajo decir que este país ha sufrido una deflación tan tajante y unas dificultades tan penosas sin que hayan surgido serias dificultades o choques.

La firma de usted, míster Morgan, ha logrado un puesto preponderante en las finanzas del mundo. Su casa es la representante reconocida de los principales países de

Europa, lo que le da a usted responsabilidades y obligaciones internacionales. Usted y sus socios están firmemente identificados con la mayoría de las gigantescas instituciones bancarias de América, con las corporaciones industriales, con las redes de ferrocarriles.

La casa Morgan participó ampliamente en la última ola própera. Prediganos la fecha de la próxima.

Suponga el lector que es propietario de una gran fábrica. Suponer no cuesta nada. ¿Sería usted comunista?

¿Y entonces qué...?

...Entonces corría el invierno. El cielo estaba negro y el clima era terrible. Había frío de costa a costa y del río San Lorenzo al río Grande. En toda la superficie de este país la gente tiritaba, y pedía café, y se frotaba las manos, y se preguntaban unos a otros si tenían frío. Un joven de color preguntó a otro de color si tenía frío, y el joven le respondió: "¿Frío? Querrás decir que estoy helado". Y no lo decía en broma, sino como lo sentía. "¿Frío? —dijo—. ¡Al diablo, hombre! ¿Pues qué te figuras?"

América, la verdad, está afrentosamente decaída. En Wall Street se habla como si el fin de nuestro país se hallase a la vista. La cosa más importante en la industria acaso sea la rápida comunicación entre los jefes de oficinas centrales, oficinas sucursales y despachos. Ahora supongamos que tiene usted en el bolsillo 14 dólares y que viene un sujeto y le pide 15 centavos para tomar un café y 2 rosquillas. Si existiera el comunismo, ¿se los daría? Si al individuo le oliera el aliento y pareciese un tipo que debiera tener más sentido común, ¿le daría usted el pedido? ¿O andaría con él por las calles y le llevaría a una fonda para comprar un bocadillo? ¿Y qué haría usted si usted fuese el tipo al que le oliere el aliento y debiera tener más sentido común, si el sujeto de los 14 dólares se hacía el sordo a su petición? Por otra parte, supongamos que fuese usted J.P. Morgan. ¿Le importaría un ardite que 300 desgraciados se muriesen de frío todas las noches de invierno?

Siempre ocurre lo inesperado...

El caso es que el soldado y María estaban en el cuarto fumando y charlando.

De cada 8 personas de América, una sufre al cabo del año muerte o lesión por accidente. Poemas y problemas. Y se gastan 2 millones de dólares en bocadillos. Con café.

Una vez hacía tanto frío que entré en una fonda y pedí de comer.

—Traiganme —dije— estofado, galletas, ensalada de tomate y un vaso de cerveza.

Y el camarero fue y pidió 2 bocadillos calientes y una taza de café.

—Le he dicho un estofado —indiqué.

—Aquí no preparamos más que bocadillos —dijo el camarero.

Pero era un proletario y afirmó que bajo el comunismo todos comerían estofado y cerveza.

—¿Verdad que eso estará bien? —preguntó.

—Mucho —respondí.

—¿Quiere el bocadillo con cebolla? —dijo.

—Cierto que sí —contesté—. Yo no puedo con la carne sin cebolla.

—Sin cebolla —anunció el camarero.

El cocinero asomó la cabeza por un ventanillo.

—¿Qué? —preguntó.

—Sin cebolla —ordenó el camarero.

—No —intervine—. Con cebolla. Con mucha cebolla.

—¿En qué quedamos? —preguntó el cocinero—. ¿Con o sin?

—Con —mandé.

—Diga —protestó el proletario—: ¿quién es el camarero aquí? ¿Usted o yo?

—Bajo el comunismo —le tranquilicé— será usted un hombre muy importante.

Hay muchos sujetos que un minuto antes viven y un segundo después han muerto. Me refiero a los que perecen de frío. Pero aún así quedan en el mundo centenares de millones, sin contar los locos rusos, los chinos, los japoneses y los incivilizados. O sea, sin contar prácticamente a nadie. Todos están vivos y coleando. Así, pues, ¿quién sabe cómo deben ser las cosas, ni quién se ocupa de nada? Supongamos que el tipo que antes dijimos no le diera a usted los 15 centavos y a usted le pareciera un mal hombre. ¿No le parecería a usted que ejercía sus derechos de ciudadano, contribuyente y patriota, asestándole un puntapié en el culo y echando a correr, en caso necesario? ¿O sería esto descortés, o quizá delictuoso?

A lo mejor usted inventa algo. Se asegura que los inventos dan mucho en América. El fulano que inventó el yoyo ha ganado, según dicen, un millón de dólares en limpio. No es que esto sea gran cosa, pero tampoco es moco de pavo. Quiero decir que, si no hay gente que dé centavos en la calle, puede usted inventar otro modo de sacar algún dinero. Apostar a las carreras es siempre seguro y positivo, pero hay que empezar por tener en el bolsillo medio dólar. El póquer también es buen procedimiento, mas hay que empezar con 5 dólares. Siempre el capital previo. Siempre el engaño. Incluso cuando uno, jugando, no tenga ni siquiera sotas, debe poner arriesgadamente todo su dinero delante de él, y así los demás imaginarán que uno tiene 4 ases.

Y ahora un consejo a un licenciado a punto de quedarse sin trabajo. ¿A qué preocuparse? Busque un empleo de ordenanza. Vea el mundo por dentro a fuerza de mirar más adentro aún, desde la oscura tiniebla de la luz que no ha existido nunca y no existirá jamás. ¿Y a quién le importa esto? ¿No es el hombre pobre más rico en realidad que el más rico de los ricos? Sobre todo una vez que el uno y el otro mueran y desaparezcan. Pero no, verdaderamente el pobre no es más rico. Es un poco más pobre. Bastante más pobre. Pero ría y sea pobre y resuelto. Y compre ajo como defensa contra los catarros y la muerte, como los pobres. La perspectiva sólo es medianamente jubilosa, sí. ¿Pero, qué?

Alégrese. Piense usted que puede morir.

La cuestión es que el soldado que dije y la joven polaca se enamoraron. Su enamoramiento consistió en subir un tramo de escaleras para hacer el amor, mas ya que los novelistas populares cuentan estas cosas de ese modo, razonable será que yo diga lo mismo, para ver si consigo algo de popularidad. No tuvieron mucho tiempo para hacer el amor, porque los dos se hallaban muy cansados de la vida en general y, aunque no estuvieran tan indignados con el mundo como los proletarios suelen estarlo, se sentían hartos de todas las cosas puercas y anhelaban empezar a vivir de nuevo y ser como Dios manda. Claro que no podían ir a ningún sitio nuevo, porque los autobuses, trenes, aviones, motocicletas, bicicletas, trineos, caballos, carros, y demás medios de transporte, con ruedas o sin ellas, no van a ninguna parte donde todos puedan vivir como se debe, y en consecuencia los dos se quedaron en la ciudad, en el minúsculo cuarto de la calle del Turco.

A mi juicio, la ocasión presente no debe satisfacer a los corredores de comercio respecto a sus tácticas del pasado año. Este año usted, corredor, ha de introducir el pie entre la puerta y el quicio, y luego procurar deslizar todo el cuerpo dentro de la casa, para poder empezar a decir lo verdaderamente maravillosa que es la nevera eléctrica que usted representa. Y una vez en el interior, haga lo oportuno para ser dueño de la situación. Si da usted con una mujercita cuyo marido está ausente, el buen Dios le dirá lo que debe usted efectuar para lograr el contrato, especialmente si ella no tiene mal aspecto.

Media manzana más arriba reúne usted todo su ingenio y personalidad y empiece a decirse a sí mismo que la nevera que usted vende es la mejor del mundo. Y luego suba las escaleras corriendo, toque el timbre dos veces, como si fuera usted de la casa, retroceda un paso, espere a que abran y sonría con toda la boca, sintiéndose entretanto muy desgraciado, pero pensando que esta es América, su patria. La puerta se abre y allí aparece la consabida mujercita.

—Buenos días, señora —exclama usted, jovial, mientras el sol brilla, espléndido—. He sido expulsado de la Universidad por desarrollar actividades obreristas y ahora me dedico a vender neveras.

La puerta se cierra en las narices de usted y usted puede reírse de lo que fue Europa en las Edades Tenebrosas.

Luego llega la primavera, la hierba crece, y demás. La ciudad invernal se convierte en la ciudad primaveral y, aquí entre nosotros, ese es el único cambio que ocurre.

Hay, sin embargo, los siguientes hechos alentadores:

10 millones de parados continúan viviendo dentro de la ley. No hay motines, ni complicaciones, ni multimillonarios asados y servidos en su salsa.

Menos visible, menos concreto, menos tangible, pero no menos importante, ha sido el cambio de sentimiento que se ha producido en los recientes años de miseria. No hay nadie apenas que salga a hacer un homicidio, de un modo u otro. No hay nadie apenas que sueñe poseer una casa de pisos,

una quinta en el campo y tres costosos automóviles. No hay nadie apenas que se interese mucho por nada. Casi nadie existe siquiera. Y así anda la vida. Una cosa y otra en todas las calles de todas las ciudades del país. Un día y otro un hombre vive y otro muere, y todo igual hasta la última y mejor calle de todas: la calle que recorre todo el Universo y llega al vacío que hay sobre, alrededor y dentro de todo; la calle que conduce al olvido y al negro espacio de las tinieblas. Y en medio de todo esto, el continuo y quieto ritmo de la vida internacional del siglo XX, ¡demonios!

SAROYAN

2 stories

SAROYAN

club europa

SAROYAN

Uno de los locales de juego donde, con el pretexto de vender periódicos, solía pasar largos ratos en 1918, era el Club Europa, en Tulare Street, por donde pasa el ferrocarril del Sur, cerca de China Alley, en el barrio del mismo nombre.

El Club Europa pretendía ser un local de juego, pero en realidad era un lugar donde los hombres que no tenían dinero se reunían para charlar. Durante la primera guerra mundial yo solía acercarme al barrio chino y entrar en aquel lugar. En 1918, hombres de las más variadas razas pasaban las horas en el Club Europa. Italianos, griegos, negros, chinos, japoneses, hindúes, rusos y americanos. Toda clase de americanos, desde forzudos indios, pasando por melancólicos mexicanos, hasta tahúres de Texas.

La sala estaba llena de mesas, sillas y escupideras. Había una pianola en un rincón, un mostrador junto a la pared del

fondo y, sobre el espejo, el retrato de un hombre que tenía cierto parecido con Woodrow Wilson. Era un gran retrato, obra seguramente de algún parroquiano que lo pintó a cambio de unos tragos.

Aquel establecimiento olía mal. El aire estaba corrompido por las horas perdidas de muchos hombres, y cada vez que yo atravesaba el umbral, con un fajo de periódicos bajo el brazo, me preguntaba qué les impedía marcharse. Quizás fuera la pianola del rincón. O quizás esperaran la llegada de un cliente despilfarrador, con un níquel de sobra. O desearían escuchar un poco de música. O les retendría el retrato de Woodrow Wilson, el gran hombre de los años malos. Quizás fuera la fuerza interior de cada uno, la fuerza centenaria, que quería seguir alentando siglos y siglos. Acaso nada les retuviera.

Un día, el menudo japonés llamado Suki se tragó una mosca.

Era un hombrecito de aspecto melancólico. Cualquier japonés que vague de un lado a otro sin hacer nada tendrá aspecto melancólico, porque los hombres de su raza no suelen permanecer inactivos. Estaba asqueado de todo y nadie quería ser amigo suyo. Intentó mezclarse con sus compatriotas, pero estos de desentendieron de él. Intentó reír con los negros, pero no podía hacerlo del mismo modo que ellos, y les desagradó la desarmonía de su risa mezclándose

con sus estentóreas carcajadas. Lo expulsaban violentamente cada vez cada vez que intentaba reír con ellos. Intentó intimar con los indios y mexicanos, pero nadie quiso ser amigo suyo, todo lo cual lo condenaba a permanecer solitario, sentado en un rincón.

Un día del mes de agosto, Suki observó que todos los ocupantes del local estaban preocupados por el gran número de moscas que lo invadían. No era que molestaran, sino que hacían sentir su presencia. Hacía mucho calor, la atmósfera estaba muy pesada, las moscas volaban por toda la estancia y, zumbando, se posaban en las caras de los parroquianos. Suki se levantó de la silla y manoteó en el aire, pero no consiguió coger ni una sola. Era el centro del interés de todos, Manoteó nuevamente en medio de otro grupo de moscas, y esta vez consiguió atrapar una. La mosca, irritada,

intentó escapar, pero Suki la mantuvo sujeta por las alas, y entonces fue cuando se la tragó.

Sus compatriotas se acercaron a él y le hablaron con gran dignidad. Por lo visto, querían saber por qué se había tragado la mosca. Él les contestó que iba a volverse loco por estar tanto tiempo sin hacer nada. Sus compatriotas se sintieron muy preocupados y al mismo tiempo muy orgullosos. Al principio creyeron que estaba haciendo teatro.

—No tengo nada que hacer en el mundo —dijo tristemente.

Sus compatriotas explicaron a los allí reunidos la razón por la que Suki se había tragado una mosca.

Durante semanas, al final de la guerra, los concurrentes al Club Europa no hicieron otra cosa que hablar de Suki y de la mosca que se tragó. Unas veces lo consideraban un idiota y otras veces un auténtico héroe.

Antes de que terminara la guerra, Suki se tragó cuatro moscas. Yo le vi tragar la primera y la última, y los negros me contaron de las otras dos. Me dijeron que a aquel hombre le gustaban las moscas. Reían con fuertes carcajadas al pensar en Suki y en las moscas.

Era un hombrecito de aspecto melancólico.

Cuando los soldados de nuestra ciudad volvieron de la guerra, el Club Europa fue adquirido por un antiguo combatiente, que expulsó a aquellos vagos y puso cierto orden en el local. Solía introducir monedas en la ranura de la pianola y así, cada vez que yo entraba, oía música. En las mesas se sentaba hombres que jugaban grandes cantidades de dinero. Junto al mostrador, los hombres bebían. Todo eso era ilegal, pero el soldado, chico listo, sabía los resortes que debía tocar. Sus mejores amigos eran los policías.

Una tarde de febrero vi entrar a Suki y pagarse una copa. La bebida pareció asquearle y, cuando la hubo terminado, cazó una mosca y se la tragó. El soldado estuvo a punto de estallar cuando vio a Suki tragarse la mosca. Con la mano izquierda lo cogió por el cuello y con la derecha por los pantalones y lo arrojó a la calle.

El pequeño japonés echó a andar sin volver la cabeza.

El soldado volvió e introdujo otra moneda en la pianola.

Entonces me vio.

—Lárgate de aquí y no vuelvas —me dijo.

William Saroyan
Fresno · 08-81

